

VALENCIA
CALLE

*Bromas y
plátanos*

CUENTOS

**MARCO ANTONIO VALENCIA CALLE
BROMAS Y PLÁTANOS**

Para mis amigos

María Victoria Diumenjo

y Juan Tamayo

La inmortalidad

El plátano no quería morir. Cómo se iba a morir sin ver el paso de la historia ondeando banderas frente a sus ojos, el lamento del mundo frente a sus desastres, el júbilo de la humanidad frente a la gloria de sus héroes, la risa íntima frente a la estupidez colectiva.

Morirse no estaba en su lista de cosas por hacer antes de morir, ni después, ni nunca.

Pero las bromas que siempre acechan con su ingenuo sarcasmo vinieron una tarde hasta su casa para ofrecerle un seguro funerario, que incluía un bello jardín para ser enterrado cuando muriera.

El plátano lo compró y se encerró en su casa a escribir un poema, un extenso poema mientras miraba el jardín donde sería enterrado en el momento menos pensado.

Cuando el plátano murió y las bromas leyeron el poema en el periódico, no dejaron de suspirar y ver entre líneas la historia de la humanidad con todos sus dolores y alegrías, contada por un plátano casi vidente, casi profeta.

Lo raro, dijo una broma mayor, de esas que ya se saben todas las historias del mundo por la experiencia de la vida incrustada en las venas de sus años, es que el plátano hubiera comprado un servicio exequial, en vez de una imprenta, cuando su destino era la inmortalidad literaria.

Perfidia

Un plátano se enamoró de la esposa de la broma presidente.

Entonces comenzó a vigilarla y a gozar del sufrimiento gozoso por todos impensable.

Ya saben todos que plátanos y bromas no se mezclan, ni pueden verse en el mismo espejo, ni mucho menos mezclar la sombra de sus noches.

Pero un día la esposa de la broma presidente decidió romper la regla y se comió al plátano en un almuerzo campestre, mientras todas las demás bromas de la élite tomaban café, fumaban y hacían la digestión comentando las teorías novedosas de la imposibilidad de lo imposible, con cara de bien informadas y donaires científicos.

Una broma mayor, con la sabiduría de los años exhibida en las arrugas de su rostro, alcanzó a decir que la teoría de la imposibilidad de lo imposible no debería descartar las excepciones por razones de perfidia en contextos del amor en tiempos del deseo.

Todas las bromas se le burlaron en la cara mientras la mujer de la broma presidente cruzaba una mirada cómplice y solidaria con la broma mayor que, además de sabia, también sabía sonreír como los que saben algo que los demás no saben.

Poder

La broma vino, le dijo tres palabras, le confesó dos secretos... y finalmente le soltó una provocación al pobre plátano que desde su escritorio escuchaba medio confundido la hilaridad de la visita.

El plátano le contestó usando la palabra imposible tres veces, negando la situación dos y siendo franco con una sola palabra: ¡no!

Pero la broma insistió tres veces más, expuso otro par de argumentos y rogó con la palabra "favor".

El plátano entrecerró los ojos, se quedó en silencio y movió la cara de un lado a otro para finalmente decir: "Es que no entiendo".

La broma entonces le soltó la teoría del aroma del poder, del afrodisíaco poder del poder.

Y sin más, la broma se comió al plátano como Eva se comió la manzana.

Y así como Eva fue desterrada del paraíso, el plátano fue desterrado de sus buenos pensamientos.

Olvido

Era un plátano mayor. Grande en años, o de la tercera edad, como dicen.

Un plátano vigoroso en experiencias, sonriente y amigo de todos. Uno de esos que había visto nacer el siglo, incluso se lo había galopado y domado a voluntad.

Era, como se dice, un plátano de mil batallas y todas las bromas lo visitaban para escucharlo o consultarle sobre el destino de la gente o del país, que él muy sabiamente podía dilucidar de acuerdo al pasado y de un instrumento que llamaban historia.

Un día, ya nadie volvió a su casa.

Un decreto del gobierno pedía a todos quedarse en casa porque los mayores estaban enfermos y contagiaban, y las bromas jóvenes, obedientes y temerosas, no volvieron a salir de casa durante años.

Dejaron de interesarse por su pasado y su futuro, comenzaron a vivir sus presentes de internautas, hasta que se olvidaron de todo, incluso del plátano mayor, el amigo de todos.

Pasado el tiempo, cuando las bromas volvieron a la casa del plátano mayor, él ya no estaba. Todos los plátanos mayores habían muerto durante la cuarentena que duró un tiempo que nadie supo determinar.

Alguien dijo que la nueva residencia del mayor quedaba en el infinito.

Pero no había nadie quien explicara eso del infinito, ni el pasado, ni el futuro.

Otros

La broma le dijo a todo el mundo que todo el mundo estaba en peligro de viajar al infinito.

El plátano escuchó la noticia, pero no hizo caso a lo que ella decía porque le parecía una broma de la broma.

El plátano pensaba que todo el mundo se iría al infinito menos él, porque él no era todo el mundo.

La broma decía y decía una cantilena sencilla sobre cuidarse y todo eso, pero al plátano le parecía que todo eso no era con él. Entonces, un día el plátano se enfermó y a la broma no le quedó más remedio que comprarle flores para despedirlo en Jardines de Paz.

Jardines de Paz se llama el aeropuerto donde bromas y plátanos se embarcan para el infinito.

Solitario

El plátano no quiso vivir con nadie. Nunca dejó entrar a su corazón, ni a su casa, a nadie que no fuera la sombra de su ego.

Incluso ni la tristeza ni la soledad ingresaron nunca. Y nadie sabe por qué esas cosas que se instalan en la vida de las bromas y los plátanos sin permiso de nadie le respetaron a esta broma tal aislamiento.

Estamos hablando de un solterón que renunció a todo por vivir para cuidarse a sí mismo.

Un día, el plátano se fue de copas y ya muy ebrio se comió a una broma que también muy ebria lo beso en la boca, a descuido.

Días después, el plátano murió solo, infectado de algo raro, sin aire, sin amor, sin una mano amiga que le dijera que todo estaría bien, que su ego estaba bien.

El plátano partió al infinito. Su ego, como un perro, le ladró a la luna, pero ni la soledad ni la tristeza escucharon sus aullidos.

Miedo

Dos bromas comenzaron a chatear, se citaron en un café, se conocieron y se enamoraron, o eso creían.

Una broma le dijo a la otra que comenzaran de cero, que dejaran atrás su pasado, que no hablaran ni de sus recuerdos ni de sus historias, ni de sus amores pasados, ni de sus enfermedades, ni de sus dolores, ni de nada de eso.

La otra le dijo a la una que no estaba de acuerdo, que siempre era importante saber del pasado del otro, pero que bien, que bueno, y se besaron, y se abrazaron, y se fueron a vivir juntos, y hablaron de tener hijos y formar hogar y todo eso.

Cuando los encontraron muertos, nadie los lloró en Jardines de Paz. Se habían infectado uno al otro de un miedo extraño visto a través de la pantalla de un computador chino.

Un plátano periodista reseñó ese encuentro como el beso de las pasiones infinitas; un juego virtual donde si logras sobrevivir sin hablarle de tu pasado a tu pareja, sin pensar en la angustia de saber cómo vas a llegar al infinito, tendrás la esperanza de llegar acompañado.

Laureles

Desde pequeño el plátano quiso ser un artista.

Probó de todo, finalmente decantó en la poesía, pero la suerte... ni las bromas con suerte lo dejaron entrar a su círculo de poetas laureados.

El plátano escribió, declamó, cantó, exhibió, publicó, e hizo de todo para ser un poeta inmortal, pero nada.

Sus laureles llegaron cuando murió... y una broma destacó su muerte entre todas las muertes por causa de una peste que coronó al mundo de una poesía sin poetas.

Ajedrez

Era una tarde fría y dos bromas amigas se encontraron en la cafetería de la esquina para tomar café, sacar sus mentiras a brillar, inventar alguna ocurrencia para reírse en son de burla de algún amigo común, y hacerse promesas vacuas como que se visitarían o se llamarían más seguido.

Era un café conversado, pero a ojos de un plátano observador parecía un juego de ajedrez entre bromas vanidosas.

Cuando llegó la hora de pagar, una de las bromas hizo jaque sacando su billetera más rápido, pero la otra, sin pestañear, compró una bolsa de pan y se la entregó a su amiga para que llevara a casa.

Se miraron, sonrieron, y se despidieron en tablas.

Diagnóstico

El doctor broma visitaba cada semana el hospital rural de su comarca para dedicar unas horas a examinar plátanos que requerían una consulta médica especializada.

Los plátanos hacían fila, pagaban con gratitud y creían con fe en el diagnóstico del doctor broma.

Su matemática, le dijo al primer plátano, está bien calibrada y es exacta en todas las direcciones, pero si bien la matemática lo es todo, podemos vivir sin ella. Vaya tranquilo a casa y duerma, y duerma mucho.

Tu forma de hablar —le dijo a otro plátano— tiene una imperfección: estás pronunciando tus consonantes alveolares laminares del castellano como si fueran consonantes alveolares apicales, como ocurre cuando se habla inglés o francés; ahora que ya lo sabes, lo mejor es que vayas a casa y duermas, duermas mucho.

Y así, todos los pacientes fueron enviados a casa a dormir, a dormir mucho.

Esa noche el doctor broma, con buenos pesos en el bolsillo, durmió bien y contento.

Los plátanos que seguían enfermos y con sensación de estafa no podían dormir.

“Este doctor es un chiste”, pensó un plátano.

Esfuerzo

Un plátano inquilino del Edificio Nueva Esperanza lloraba cada noche por la falta de reconocimiento a su trabajo.

Cada día madrugaba a producir con todas las fuerzas de sus manos y su intelecto, con todo el dolor del anonimato y la ansiedad... para terminar derrotado por sí mismo al final de la tarde.

Desde su ventana podía ver a su vecino de enfrente, un plátano de su edad que dormía mucho y con poco esfuerzo tenía mucho éxito.

—Es el destino —le dijo una broma.

—Es la suerte —le dijo otra broma.

—Es la vida —le dijo la tercera broma.

—Es el tipo de trabajo —le dijo la broma cuatro.

—Eres tú —le dijo la quinta broma.

Ya no quiso escuchar a nadie más.

Finalmente, una broma vieja, con voz de ave cantando a media noche, dijo que sería bueno saber qué pensaba el lector.

¡Oye tú! ¡Sí, tú, lector! ¿Qué piensas?

Pesadillas

Los plátanos suelen tener pesadillas con bromas que se descuelgan por barrancos de arcilla con un cuchillo en la mano en busca de plátanos.

La luna o el sol destellan sobre el filo del cuchillo mientras las bromas rodean las plantas de café y las piñas entreveradas, como poseídas por una fuerza superior que domina sus instintos.

El plátano resuella, presiente lo peor y se despierta justo cuando la broma se dispone a salir del sueño antes de convertirse en asesina.

Simpleza

La broma veía pasar los años desde su ventana, en un segundo piso, y sentía que todo era simple. Entonces se casó con un plátano en busca de vida y fue feliz unos días. Luego todo volvió a ser simple desde su ventana del segundo piso.

Concibió un hijo que le dio chispa al hogar, y la broma fue feliz por unos años con su plátano y su hijo, hasta que de pronto todo volvió a ser simple.

Una tarde tomó su maleta y se fue con su familia de crucero por varios meses, pero luego volvió a su ventana del segundo piso, desde donde todo se veía simple.

Los años pasaban y la broma no encontraba algo —que sabía que había en el mundo y ella quería— que le quitara la simpleza de las cosas en la mirada. Pero no sabía qué era, ni dónde estaba.

Un día la broma se fue de su casa a trabajar en otra ciudad, tratando de encontrar otro mundo menos simple, pero el mundo, a sus ojos, era simple y anodino en todas partes.

Hasta que una noche un plátano le escribió. Era un vecino suyo del tercer piso de la torre de apartamentos de donde se había escapado, y el asunto le hizo sonreír.

El plátano le dijo que era bella. Ella se ríe, se miró al espejo y supo que era mentira. El plátano la invitó a un café y la broma aceptó, pero como eran los días del fin del mundo, tendrían que pasar años, siglos o vivir en otra galaxia.

Y en eso quedaron. Así quedaron. Entonces, en el corazón de la broma se fue abriendo una esperanza de vanidad como se abren los pétalos de una flor.

No sabía qué pesaba más: si la vanidad o la esperanza, pero era eso, o la vida simple de siempre.

Desahogo

El plátano le pasó una taza de café como todas las mañanas a su broma mientras le preguntaba: “¿Me odias?”. La broma, que era su esposa desde hacía apenas tres años, le decía que todavía no, que faltaban unos meses para eso, pero que un buen día de estos iba a parir un odio tan grande, que él iba a preferir que fuera el hijo del vecino.

El plátano sirvió para los dos café con leche, tostadas y huevos revueltos para desayunar y le preguntó a su broma si quería irse de casa. La broma le respondió que no, que ya había cambiado de lugar el espejo donde se veía rota y triste la noche anterior, que el espejo donde se había mirado hoy tenía otro brillo y estaba libre de recuerdos.

El plátano, mientras metía la ropa sucia a la lavadora, le preguntó si le dolía todavía el grito que le había propinado en la tarde de ayer. La broma le dijo que no olvidara que hoy era día par; es decir, día para el optimismo y no podía llorar. Que tal vez mañana que sería día para la tristeza y la melancolía, la cosa le dolería, le sacaría lágrimas e iba a imaginar que lo odiaba y le darían ganas de irse y de tirarlo todo a la mierda.

El plátano tomó la escoba y comenzó a barrer con el optimismo obligatorio del día.

Ángel

Cuando los vecinos dejaron de ver televisión y nada se escuchaba en los contornos de la noche, la broma que hacía de esposa le preguntó a su pareja si todavía la quería. La broma que hacía de marido desde hacía ya muchos años, con los ojos cerrados, balbuceó que sí: “Toda la vida, ya lo sabes”.

Entonces la broma que hacía de esposa le dijo que un plátano, de esos que hacen de portero en el edificio, el más pequeño, el de gafas, la había mirado con deseo, con tanto deseo que la había dejado preñada de romanticismo.

—Ahora —le dijo sentándose en la cama y zangoloteándolo para asegurarse de ser escuchada en medio de la oscuridad—, quiero que me des ternura de verdad, que me traigas flores y me dediques una canción.

—Mañana —le contestó la broma a su esposa, y se echó a dormir.

—Mañana qué —preguntó la broma, como sospechando algo en la actitud o el tono de voz de su marido.

—Mañana me levanto, saco la pistola, voy hasta la portería, busco al puto plátano que te preñó de puto romanticismo, le digo que se largue para que deje de estar infectando a cuanta broma se le pasa por el frente. Luego voy al supermercado, te compro tus florecitas y una barra de chocolate, y ya.

—¡Yo no quiero que amenaces al portero!

—Está bien, diremos que te preñó un ángel. Y ahora a dormir, que mañana te compro tus florecitas.

Maestro

Al plátano le gustaban las bromas y al parecer tenía el don mágico de poder enamorarlas a todas. Su fama lo precedía. El tema era comidilla en todos los bares. Sus amigos lo admiraban, lo envidiaban y lo aplaudían.

Una tarde de tertulia, un plátano joven se atrevió a preguntarle por el secreto para conquistar bromas. Entonces, todos guardaron silencio para escuchar al maestro de maestros, como comenzaron a llamarlo en tono de burla, en son de ironía, en voz baja.

Para conquistar a una broma, dijo el plátano con el ego arriba, para conquistarla de verdad y hacer que te piense todo el tiempo, para hacer que te ame y no te olvide nunca, hay secretos. Todos escuchaban en silencio. Era un bar de barrio, no había más clientes; la camarera, una broma rubia y de ojos color de la canela, picaba hielo.

—Hay que hacer algo para que te miren a los ojos. Y una vez lo logras, una vez te instalas ahí, tienes un instante, una milésima de segundo para cazar su alegría, tocarle el alma, hacer que le vibre su deseo, prometerle con la mirada todo lo que existe en el universo y sus alrededores, hacer que te vea como el bote salvador en su naufragio, hacerle creer que contigo todo será fiesta, amor y todo eso.

—¿Es broma, cierto? —preguntó el plátano joven.

—Enamorar bromas es cosa seria —contestó el maestro de maestros mientras alzaba su vaso de cerveza para brindar, pero nadie brindó con él.

Lo miraban como se mira a una plasta asquerosa en medio de la sala.

Virus

El plátano se levantó sin saber que había contraído el virus de las bromas en primavera.

Todo parecía normal en su vida hasta que sintió el deseo irremediable de sentarse a observar una lámpara por horas y horas, como si en la vida nada más importara, ni importara nada más.

Y luego, en la tarde, le dieron ganas de dibujar su lamparita con frío, con viento en el vacío, en la sombra, en el desierto; y cuando llegó la noche, unas ganas irrefrenables de escribirle algo a su lámpara lo obligaron a sacar una libretica azul que tenía en su billetera y usaba para apuntar cosas urgentes.

No se dio cuenta que le llegó la madrugada tratando de hilar palabras como si estuviera tejiendo una bufanda a punto y cruz: “Memoria de luz desnuda”, escribió, y luego siguió hasta que llegó el alba y cantaron los gallos: “Brillo petrificado, lluvia de luz muerta, albor de pájaro inocente, niebla destinada, preludio de espejo que brilla, transparencia frente a la noche pálida”.

Y todo fue así, hasta que la lámpara se pulverizó ante sus ojos de broma en primavera.

Tenía que vacunarse cuanto antes.

Si seguía así, muy pronto podría morir ahogado en sus propias ilusiones, incluso de hambre.

Había escuchado que bromas y plátanos con caprichos artísticos solían morir de hambre.

Y lo peor es que podía contagiar a alguien.

Egos

Dos bromas discutían en un cafetín por el placer de vivirse la libertad de expresión.

La una le decía a la otra que todo lo que se publicaba en los periódicos era interesante, pero en el fondo nada era transcendental.

La otra le decía a la una que sí, que tal vez, pero que no hablara tan duro porque lo que hoy podía afirmar con tanta vehemencia, mañana el destino lo podría desmentir con algo de alboroto.

—Como quien dice —dijo un plátano que los escuchaba desde una mesa cercana—: Somos dueños de nuestro silencio.

Las bromas voltearon su rostro, miraron al plátano unos segundos de cabeza hasta los pies, y sin otorgarle el don de la importancia siguieron conversando.

La broma uno dijo:

—Yo soporto todo en esta vida menos el ridículo.

El otro, tomando su tacita de café entre los dedos pulgar e índice, dijo:

—Y yo lo que no soportaré nunca es que me ignoren. Eso sí es una humillación.

Entonces el plátano comenzó a reírse en voz alta para burlarse de las bromas. Abandonó su sitio y fue saliendo del cafetín como un ciego que lleva su risa como bastón.

Vanidad

Los plátanos suelen reírse de las veleidades literarias de las bromas.

Las bromas, cuando alcanzan notoriedad poética, comienzan a pontificar; a decir que un yo dentro de su yo les habla; que cada experiencia de su infancia es una experiencia divina; que no hablan en nombre de nadie, pero sus palabras encarnan la voz de todos; que no tratan de decir nada en particular, pero que sus ideas son expresiones de lo universal; en fin, los plátanos suelen reírse de tanta inmodestia y vanidad.

Pero un día sucedió algo extraño. Era martes por la noche y un plátano hizo la presentación de su libro de cuentos sobre el desprestigio de lo invisible y otras ironías; y cuando las bromas lo entrevistaron, el plátano comenzó a decir con voz grave cosas como: “He dejado que las historias salgan de mí transparentes y sin mi presencia”, “hay una voz del infinito que le habla a mi alma y mis manos se escriben”, “cada idea es un regalo de naturaleza para el mundo a través de mi palabra”. Y cosas así, escupidas entre la inmodestia y la vanidad.

Esa noche se declaró la guerra. Cuando una broma poemática decía “mis versos son la continuidad de mi alma”, los plátanos prosistas salían con declaraciones como: “Los cuentos salen de mí para instalarse en la piel de mis lectores con la capacidad de renacer al momento de cada lectura”.

Un día las palabras del mundo se agotaron.

Se fueron muriendo una a una, desgastadas y marchitas. Y muchos creyeron que había llegado el momento para declarar el fin de la literatura.

—Habrá muerto la literatura, pero no la vanidad —declaró la vanidad.

Desde hacía rato la vanidad triunfaba sobre la vida y obra de bromas y plátanos, pero no se habían dado cuenta, no habían visto el horizonte.

—Dejen que se muera la literatura. Sigán escribiendo con su vanidad, como siempre, como todos los días —seguía diciendo la vanidad.

Especulaciones

Bromas y plátanos se encontraron para una partida de dominó en casa de algún amigo común con una buena picada, cigarros y algo de alcohol.

A la segunda mano y la tercera copa, un plátano preguntó con algo de inocencia: “¿Qué será más fuerte, el amor o la muerte?”. Todos rieron y una broma le preguntó si estaba de guionista de alguna telenovela o leyendo a un tal Jorge Isaac.

—Del amor tenemos todas las especulaciones del mundo. Tú verás cuál quieres comprar. Las mejores definiciones la tienen los publicistas, antes que los poetas, pero sin dudarlo dos veces yo me quedo con la versión de los perros —dijo un plátano mayor, uno de esos que ya han visto pasar la vida por sus ojos por más de setenta años.

—Tenemos en común —dijo una broma con alma de mujer— que no sabemos qué es el amor, pero todos queremos uno, ofrecemos uno, creemos que vivimos uno, y lo definimos como nos da la gana cada uno.

El plátano que había preguntado volvió a preguntar porque no decían nada de la muerte. Pero otra vez nadie dijo nada.

—La muerte —volvió a dejarse oír el plátano mayor— aunque quisiéramos imaginarla o definirla no podemos, porque es algo que vemos que le pasa a otros, no a nosotros.

Pero si pudiéramos saber qué es la muerte, antes de que la muerte nos llegue, es posible que nos alegráramos tanto que invitaríamos a los amigos a un juego de dominó con buena picadita, cigarros y algo de alcohol, como para despedirnos y recoger de cada uno la definición del amor que tienen los amigos, pensando en recoger un buen recuerdo para el camino.

Epílogo

Cuando llegó el Covid-19, y con el imperativo de escribir una columna de prensa semanal, no supe qué decir, porque no sabía nada del tema y porque hablar de esperanza no me salía natural.

Entonces me dejé fluir y el río me llevó a estos cuentos. Publicada la primera entrega en el periódico, Guillermo, un amigo de la infancia, me escribió para contarme que estaba fascinado con ellos, que le permitiera compartirlos. Y ese mensaje fue la gasolina que necesitaba para continuar.

Después del cuento seis o siete me di cuenta que estaba imitando de alguna manera a Cortázar con sus *Cronopios y Famas*, un libro que leí hace más de treinta años; entonces me alegré.

Escribir es para mí una diversión, y me esfuerzo para hacer que se lea fácil, pero en ir dejando migajas de pan de oro para los que quieran volver en busca de algo más significativo, como el humor (que es tan negro que se esconde entre las sombras).

El truco consiste en escribir lo más llano y sencillo que se me permita para que todos puedan leer sin complicaciones y ya, pero al mismo tiempo, envolver pensamientos o ideas con ironías, sátiras y frases de doble sentido, como quien envuelve una porcelana en un trapo para guardar en una caja de cartón.

En este momento del proceso, por la cabeza del autor se baten a duelo la belleza artificial o la verdad de a puño. Es allí cuando me siento un pintor, pues tengo frente a mí textos creados en un estudio, pero quiero creer que nacen a partir de realidades; y entonces viene el momento complejo de escribir cómo siento o percibo esa realidad, o mejor, cómo voy a escribirla.

Viene luego la publicación, que para un escritor es algo parecido a tirar una botella al mar con un mensaje adentro. ¡Y claro!, si alguien encuentra el mensaje no va a encontrar un tesoro, porque la idea es que sea un texto suave, con un algo en su interior.

La idea es que mires el texto como si fuera un cuadro y busques por ahí un detalle, un detalle que haga la diferencia.

(31 de marzo de 2020)

Biografía del autor

Marco Antonio Valencia Calle

(Colombia, 1967)

Inició su carrera literaria con la edición del libro de cuentos *Letras al viento* (1985), y desde entonces ha publicado obras de poesía, cuento, novela, periodismo y cultura general, destacando sus libros de cuentos *Invisibles*, *El Profesor Espantapájaros* y *Leyendas extraordinarias de Popayán*.

El en el 2019 publicó las novelas *La fiesta de ayer* y *La cicatriz en el espejo*.

Algunos textos poéticos de su obra han sido traducidos al inglés, francés y portugués.

Desde el año 2011 publica columnas de prensa, para varios periódicos, sobre la cotidianidad y sus cosas; ofrece capacitación sobre didáctica de la lectura y la escritura para docentes, al tiempo que participa en eventos literarios, especialmente de poesía, donde ha consolidado su prestigio como autor.

Contenido

BROMAS Y PLÁTANOS

1. Inmortalidad
2. Perfidia
3. Poder
4. Olvido
5. Otros
6. Solitario
7. Miedo
8. Laureles
9. Ajedrez
10. Diagnóstico
11. Esfuerzo
12. Pesadillas
13. Simpleza
14. Desahogo
15. Ángel
16. Maestro
17. Virus
18. Egos
19. Vanidad
20. Especulaciones

Epílogo

Biografía del autor